

ÁNGEL DEL RÍO

# EL MADRID FANTÁSTICO

MILAGROS - SUPERSTICIONES - PRODIGIOS



EDICIONES LA LIBRERÍA

COLECCIÓN  
A v a p i é S

La reedición de los libros de AVAPIÉS, pioneros en la divulgación de la historia, leyendas y tradiciones de Madrid, quiere ser un homenaje a aquellos autores, algunos ya tristemente desaparecidos, que hace más de 20 años formaron una colección de títulos única.

Ediciones La Librería se propone recuperar estos libros para que puedan ser accesibles al público y no se pierdan obras que son aún importantes referentes de la bibliografía de Madrid.

Los textos se editan tal y cómo se publicaron originalmente excepto en los casos en los que el propio autor ha creído conveniente corregirlos.



## ÍNDICE GENERAL

	Pág.
INTRODUCCIÓN .....	11
Milagros, supersticiones y embaucadores .....	11
Aquellos sangradores del siglo IX .....	15
El iluminado de Navalcarnero .....	16
Aquellos saludadores milagrosos .....	18
Hechicerías (¿milagros?) durante el medievo .....	23
La medicina milagrera .....	27
La gastronomía, obradora de hechos sobrenaturales .....	31
Todavía hay “milagros”... pero no se cuentan .....	33
CAPÍTULO I. DE CÓMO LA INTERCESIÓN DIVINA SE HIZO PRESENTE EN LAS DESGRACIAS DE ACCIDENTADOS .....	37
Los pozos milagrosos .....	37
Travesuras infantiles reparadas por el cielo .....	43
Caídas que parecieron ser mortales .....	47
... Y otros sucesos con final milagroso .....	52
CAPÍTULO II. DE CÓMO EN PENDENCIAS, AGRESIONES Y AMORÍOS EL MILAGRO SE HIZO PRESENTE .....	61
La religión, contra el duelo .....	62
Salieron a combatir y se hicieron amigos .....	65
La Virgen detuvo el brazo del marido agresor .....	67
...Y otro caso parecido .....	68
Resucitó a la mujer amada .....	69
El otro don Juan que mató a su familia .....	71
El diablo engañó a Isidro .....	71
Quiso ahorcarse por un amor frustrado .....	74
El castigo a la infidelidad .....	75
Cuando el cielo castigó al rey Felipe IV .....	76
Otra oscura historia de amor en San Plácido .....	83
La Virgen quitó las espadas a dos contendientes en un duelo .....	84
Otras dos muertes seguras no llegaron a producirse .....	85
El labrador salvado del ataque de un malhechor .....	86
La joyera agredida por dos desconocidos .....	87
El violento contrabandista de Alcorcón .....	87
Al alférez Ortuño le dispararon por la espalda .....	88

CAPÍTULO III. DE CÓMO SAN ISIDRO OBRÓ LOS MILAGROS MÁS POPULARES Y PRODIGIOSOS QUE SE CONOCEN .....	91
Pocero y salvador de muertes ciertas junto al brocal .....	93
De cuando los ángeles le ayudaron a arar la tierra .....	97
La multiplicación de viandas y otros menesteres .....	101
Resucitó a la hija de Iván... ..	106
...Y también al caballo .....	106
De cuando María de la Cabeza caminó sobre las aguas del Jarama .....	108
Peregrinación a Tierra Santa de la mano de un sueño .....	110
¿Fue el pastor de las Navas de Tolosa? .....	113
El difícil reconocimiento de su santidad .....	114
CAPÍTULO IV. DE CÓMO TULLIDOS, HERIDOS Y MALFORMADOS RECIBIERON LA GRACIA DIVINA .....	119
El tullido que recobró el movimiento y el habla .....	120
La mendiga que recobró la vista tras un accidente .....	122
Misteriosa desaparición de una epidemia .....	123
En la Cuesta de los Ciegos .....	126
La Virgen le salvó la vista y la vida .....	126
El tullido resultó ser Jesús .....	126
La Virgen de la novena sanó a la actriz tullida .....	127
CAPÍTULO V. DE CÓMO LA VIRGEN DE ATOCHA FUE COPATRONA DE MADRID Y OBRADORA DE NUMEROSOS PRODIGIOS .....	131
Rezaron príncipes, se casaron reyes y fue cuartel de inválidos .....	133
Las propiedades milagrosas del agua de sus alrededores ..	135
En procesión para curar el catarro de Felipe II .....	136
El mancebo salvó el pellejo con los dados .....	137
Al mozo Blas le fue ahuyentado el demonio .....	139
Prohibida la entrada a los que no tienen pureza de alma ..	140
El lagarto exterminador .....	140
Las mulas hicieron el milagro .....	143
CAPÍTULO VI. DE CÓMO OTRAS VÍRGENES Y SANTOS ALCANZARON FAMA Y POPULARIDAD ENTRE LOS FIELES POR SUS MUCHOS PRODIGIOS OTORGADOS .....	145
La Paloma, la Virgen más castiza de Madrid .....	149
La Virgen de un humilde oratorio de la calle de Fuencarral ..	157
El anual milagro de la sangre de San Pantaleón .....	158

Milagro de San Antonio el guindero .....	159
La Virgen de Constantinopla, que obró milagros al ser liberada del cofre .....	160
Jesús de Medinaceli, una de las devociones más populares ...	164
El Niño del Remedio .....	170
Las apariciones de la Virgen de Valverde .....	171
La Almudena, patrona de Madrid .....	173
La otra versión del milagro .....	178
La Virgen de la Flor de Lis, “sustituta” de la Almudena ...	181
Los animales también tuvieron a su santo milagrero: San Antón .....	182

#### CAPÍTULO VII. DE CÓMO EN LA HISTORIA DE MADRID SE REFLEJAN

MILAGROS DE LA MÁS VARIADA NATURALEZA .....	185
Casos de embarazadas .....	186
La mujer que dio a luz un gato .....	188
Aguas milagrosas, benditas y saludables... ..	190
Salió del sepulcro .....	194
Siete apariciones de la Virgen a una niña .....	195
Mariana, la Santa de Madrid .....	196
El primer “Marcelino pan y vino” .....	197
Los males de garganta se curaban en el cerrillo de San Blas ..	200
La estigmatizada de la calle de la Colegiata .....	202
La conversión de un judío .....	204
San Bernardino encontró al niño perdido .....	205
Sor Patrocino, la monja de las llagas .....	206
Así nació el tío vivo .....	207
El obrador de milagros .....	208
La Virgen desciende hacia el campo del moro .....	209
El cuerpo incorrupto del Nazareno .....	210
Las joyas desaparecidas .....	211
El cura al que dio muerte el rey don Pedro el Cruel .....	212
Cuando Gregorio Niño huía de la justicia .....	212
Otro caso de características similares .....	213
...Y otra temeraria huida de la justicia .....	214
Librado de morir ahorcado .....	215
La viuda que sanó .....	216
La Virgen dirigió el dardo contra el moro .....	217
El prodigio de las campanas de San Pedro el Viejo .....	217
Los mellizos salvados por la intercesión de una monja ...	220
Los prodigios obrados por el Cristo de la Agonía .....	221
Una misteriosa mancha de sangre .....	221
El perro negro .....	222

## INTRODUCCIÓN

### MILAGROS, SUPERSTICIONES Y EMBAUCADORES

Aunque se haya intentado mezclar interesada o erróneamente el milagro con la superstición, el curanderismo o la práctica de los embaucadores, a lo largo de la historia el milagro, como hecho divino, sobrenatural, ha trascendido al paso de las generaciones por boca de los propios agraciados o por escritos de quienes vivieron de cerca estas manifestaciones divinas.

Es un hecho notorio que no todos los milagros tenidos como tales fueron merecedores de alcanzar tal rango, bien porque las pruebas no fueron suficientes o porque en la secretaría de la Santa Sede hubo tanto acopio de demandas de reconocimiento que muchos de ellos conocieron el peso de la lenta burocracia y terminaron perdiéndose en el olvido.

El milagro es para San Agustín “una cosa ardua, desacostumbrada, que está más alta que la esperanza y la capacidad de la que admira”. Para Santo Tomás “milagro toma el nombre en la admiración, y que esto es, porque el efecto es claro y la causa oscura”. Fray Juan de Contis señala que para que una cosa sea milagro ha de tener cuatro requisitos: el primero, que venga de Dios; el segundo, que sea fuera del orden de la naturaleza; el tercero, que sea evidente; y el cuarto, que sea para la corroboración de la fe.

Ocurre que el paso de los tiempos, el avance imparable de la ciencia ha ido desvelando como normales y ajustados a la naturaleza aquellos casos que parecieron sobrenaturales, de ahí que la Iglesia haya sido cauta, especialmente a partir del siglo XIX en el reconocimiento y confirmación de milagros.

Probablemente, por esta circunstancia, los milagros populares más conocidos y divulgados encuentran amplia difusión, resonancia y lectura entre los siglos XII y XVII. A partir de este último empiezan a escasear de forma alarmante en Madrid y es complicado hallar en la despensa del pasado inmediato hechos que pudieran ser convenidos como milagros y desde luego mucho más difícil que como tales fueran sancionados por la Iglesia de Roma.

Pero el milagro popular existió profusamente para los creyentes y ocasionalmente para los más escépticos; incluso, en ocasiones, del milagro se hizo leyenda y se mezcló con dosis de superstición y hasta de exorcismo.

¿Por qué se le llama a Madrid la Corte de los milagros? A primera vista podría pensarse que al tener esta Villa patronos, patronas y santos tan arraigados al espíritu madrileño como San Isidro, la Almudena, la Paloma, Jesús de Medinaceli o Nuestra Señora de Atocha, tiene bien ganada la fama de ser no sólo capital de España, sino de la milagrería. Pero resulta que el dicho no responde a esta cuestión, pues se trata de una referencia a los bajos fondos de la picaresca madrileña y, al parecer, se deriva de lo que se decía de un barrio de París en el medievo, donde inspiró su obra *Nuestra Señora de París*, Víctor Hugo.

El refranero madrileño dice que “palabra de cortesano y pedo de fraile, se lo lleva el aire”, pero los historiadores, cronistas y escritores han ido reflejando en la gran historia o en la infrahistoria de esta Villa, quizá sin quererle dar protagonismo, refiriéndolo en el pasaje o en la biografía popular, el milagro. Porque esta Corte bien podría hacer honor estricto y literal a su fama de ser la de los milagros,



que este autor, buceando en textos antiguos, modernos y contemporáneos, ha podido hallar más de un centenar de milagros que parecen tener los requisitos exigidos por los santos Agustín y Tomás, y también las cuatro exigencias que relata el fraile Juan de Contis, y eso sí, la gran dosis de imaginación que requiere cada “hecho sobrenatural”.

Indudablemente se habrán producido muchos más que el centenar largo de milagros comprobados, pero se recogen a lo largo de este libro los más curiosos, pintorescos, populares y simbólicos, aquéllos que en su propio contenido encierran una forma de ser y de actuar de la sociedad madrileña a través de los tiempos, milagros algunos de ellos casi inéditos y que no han trascendido a la historia de esta Villa que bien ganado tendría el sobrenombre de “Corte de los milagros”.

Escribía León de Arroyal a finales del siglo XVIII que “La Virgen de Atocha, la de la Almudena y la de la Soledad (la Paloma) se compiten la primacía de milagros, y cada una tiene su partido de devotos que si no son idólatras, no les falta un dedo para serlo”. Y es que esas imágenes “eran el mejor refugio en tiempos de enfermedad y desgracia, talismanes y miles de remedios contra espíritus malignos, la peste y males contagiosos, partos peligrosos, calenturas, hernias, viruelas, alferecía, perlesía y males del corazón, flujos de sangre y esterilidad de las mujeres”.

Bien es cierto que la fe mueve montañas y que los estados de desesperación precisan de una fe tan alta y grande como las montañas. Por eso la historia popular de Madrid está salpicada de devociones, obras e intercesiones que se hacen más abundantes en épocas donde el mal se ensaña con la población madrileña, en etapas donde la naturaleza se vuelve hostil y el hombre, todavía sin recursos técnicos para cambiar el rumbo de los acontecimientos, tiene que confiar en las Alturas o pedir que intercedan sus vecinos beatos, sus propios santos, para aliviar penurias, sanar enfermedades y procurar la lluvia para la agostada cosecha.

CAPÍTULO I

DE CÓMO LA INTERCESIÓN DIVINA  
SE HIZO PRESENTE EN LAS DESGRACIAS  
DE ACCIDENTADOS

LOS POZOS MILAGROSOS

El Madrid antiguo era generoso en agua, pero había que buscarla en las profundidades. Como hubieron de pasar muchos siglos para que el líquido elemento aflorara a la superficie, no tuvieron nuestros antepasados otra alternativa que horadar la tierra buscando el agua redentora de gargantas y campos yermos, para después construir el pozo y coronarlo con el brocal.

Quizá por esto, desde el siglo IX tuvieron fama en Madrid los buenos poceros. Si se me permite una frivolidad, quizá fueron trabajadores tan escasos y bien buscados como lo son ahora los fontaneros. Abundaban por tanto en Madrid los pozos, bien en haciendas, patios de vecindad o en las principales plazas y plazuelas de esta Villa y Corte. Tiene esta ciudad un pocero de lujo, su santo patrón San Isidro, de quien se dice que la fe y la gracia divina le llevaban el talento hasta el agua, y era diestro en construir esos pozos, en los que después obraría milagros, aunque de ello trataremos más adelante en un capítulo dedicado expresamente a los milagros del santo Isidro.

Ese bienpreciado que era tener pozo, y con ello asegurado el abastecimiento de agua, se convirtió al mismo tiempo en un peligro siempre acechante, pues la curiosidad infantil por asomarse al brocal, la ira por deshacerse de una víctima, o el propio suicidio arrojándose a las profundidades hicieron del pozo un elemento peligroso y protagonista de muchos milagros.

\* \* \*

Uno de marzo de 1582. Domingo Ortiz, albañil de profesión, dicen que buen trabajador y hombre de mucha fe, andaba en sus tareas de forjar la argamasa. Estaba su lugar de trabajo en la calle de San Cristóbal, y se afanaba en la tarea de sacar agua de un pozo sin brocal. Falló la sogá, quebrada quizá por tantos cubos acarreados, y el buen hombre, ansioso por no perder el cubo, quiso atenazarlo en la caída, con tan mala fortuna que se precipitó al fondo.

Al grito del desgraciado albañil acudieron prestos cuantos transitaban en aquel instante por la calle de San Cristóbal. Temiéronse lo peor:

—¡Domingo se ha precipitado al pozo! —gritaban unos.

—Pobre desdichado, ha encontrado la muerte por un descuido, —sentenciaban otros.

En poco tiempo montaron todos los aparejos para extraer del fondo al desdichado albañil, cuyo cuerpo se presumía destrozado en la caída. Mas cual sería la sorpresa de los que allí se hallaban al comprobar que el albañil era rescatado sano y salvo de las profundidades del pozo, y lo que era aún más sorprendente: su ropa estaba seca, aún teniendo el pozo un apreciable nivel de agua. Quedaron mudos los asistentes y Domingo Ortiz, albañil de reconocida fe, como si nada hubiera ocurrido, dio una explicación para romper el asombro:

—Amigos, la causa de este prodigio no es otra que mientras me precipitaba a las profundidades del pozo, invoqué el favor de Nuestra Señora de los Pobres, y en lle-

gando al agua mi vista se regocijó con la presencia de una señora ricamente vestida, muy luminosa, que cogiendo mi mano suavemente me dijo: “Hijo, Domingo, yo estoy aquí, nada debes temer”. Y tanto me guardó Nuestra Señora que ni siquiera el agua empapó mis ropas.

Y Domingo acudió presto a dar gracias a la Virgen de los Pobres, acto que siguieron los asombrados espectadores de este milagro.

\* \* \*

Por la misma época, y en una calle cercana llamada de San Bernardo, habitaba una viuda conocida en todo el barrio por su nombre de pila, Polonia, y por su apellido, Martínez. Tenía la viuda un hijo pequeño, de unos diez años, de fama aventurera, poco precavido y algo travieso. Un día sofocante del mes de agosto, el pequeño se puso a jugar sobre el brocal del pozo de la casa, buscando quizá la redentora humedad en la canícula agosteña. Mas al fallarle el apoyo de la mano, se precipitó al interior ante la presencia de una madre aterrada por el suceso.

La mujer abrió los brazos y gritó desesperada:

—¡Virgen de los Mendigos!

Corrió desatinada en compañía de una vecina hasta el brocal del pozo. Desesperada gritaba el nombre del hijo al que creía muerto. Pero de lo más profundo surgía el eco de la voz fresca del pequeño:

—No se aflija, madre, que no he recibido mal alguno. Aquí hay una señora que me tiene de la mano.

La perplejidad de quienes escuchaban la voz infantil no fue óbice para que rápidamente buscaran una soga y la arrojaran al pozo, con el ánimo de que el pequeño se agarrara a ella. El niño fue rescatado sin el más mínimo rasguño, aunque sus ropas estaban levemente humedecidas. La madre le preguntó quien era esa señora que le había protegido:

—Es la señora que está en el Hospital General y de la que usted, madre, cuenta tantos milagros. Llevaba puesto un

hermoso vestido blanco, resplandeciente, tanto que casi me dañaba la vista.

Sin pérdida de tiempo, se dirigieron todos hasta el Hospital General y hallaron a la Virgen vestida de blanco, resplandeciente, y hasta les pareció a todos que se tocaba con luces... quizá era un reflejo de los cirios encendidos por los muchos fieles que eran sus devotos.

\* \* \*

Corría el 23 de junio de 1587 cuando Benito de Rumanía sudaba las labores de limpieza de uno de los muchos pozos abiertos en los solares colindantes a la calle Mayor. Parece ser que las tierras de la superficie se desplazaron, lo que le hizo a Benito perder el equilibrio y precipitarse al vacío, mientras que una gran cantidad de tierra, suficiente para sepultarle, se precipitó tras él.

Quienes eran sus compañeros en las labores de limpieza del pozo quedaron aterrados, y en su reacción dieron voces reclamando auxilio. Al grito de socorro acudieron muchas gentes más. Unos se tapaban los ojos y otros lloraban la desgracia del obrero sepultado en las profundidades del pozo. Uno de los compañeros fue el primero en reaccionar:

—Pidamos a Dios por su alma y prestémonos a rescatar su cadáver para darle cristiana sepultura.

Dicen que bajaron al pozo dos del mismo oficio del desdichado. Y fueron esos dos quienes se quedaron casi petrificados al hallar a Benito sobre el montón de tierra, vivo, en pie y hablando con una señora rodeada de una purísima luz. No pudieron controlar su sorpresa y dieron gritos de contento, repitiendo continuamente:

—¡Milagro!, ¡Milagro! ¡Esto es un milagro!

Quienes esperaban en la superficie el rescate de un cadáver arrojaron una escala de cordeles para que subieran los tres. Benito relató lo que había acontecido:

—Cuando vi que el pozo se hundía me encomendé a la Virgen de los Pobres. Y en el fondo estaba ella para salvarme de una muerte cierta.

\* \* \*

Peligros se llamaba la calle, y a fe que nunca pudo ser calle alguna mejor bautizada. Era de antiguo estrecha y sinuosa. En la esquina de esta calle con la de Alcalá hubo en tiempos un convento de monjas bernardas llamado “Las Vallecas”. En su iglesia se veneraba la talla de una Virgen que había traído un cautivo de África y de la que se dice fue autora de numerosos milagros en la villa, aunque escasos fueron los que trascendieron o se entendieron como tales.

Una pequeña se precipitó a uno de los pozos de la calle. La madre, angustiada, invocó el favor de esa Virgen traída del continente africano, y la pequeña fue rescatada del fondo sin rasguño, viva, habiéndose obrado un segundo milagro: el de no ser arrastrada por la corriente hasta las alcantarillas que comunicaban con el pozo.

Conocido el prodigio se empezó a llamar a esa Virgen Nuestra Señora de los Peligros, y después la calle tomaría idéntico nombre en recuerdo de aquel milagro.

\* \* \*

Teniendo Madrid, el Madrid de aquellos siglos lejanos, tradición de ciudad pródiga en pozos, no podía faltarle al callejero madrileño una calle dedicada a este elemento procurador del agua. La calle del Pozo transcurre desde la de la Victoria a la de la Cruz. Cuenta la tradición que precisamente por un pozo existente en esta calle penetraron en el convento de la Victoria los soldados alemanes que acompañaban al archiduque Carlos, reinando Felipe V. La intención de los soldados no era otra que robar las alhajas existentes en la iglesia, ricas en oro y piedras preciosas y, sobre todo, un relicario de oro puro que contenía dos espinas de la corona que martirizó la frente del Nazareno. Los soldados

arrojaron al pozo las reliquias, esas dos pequeñas espinas, que aparecieron años después sobre la superficie de las aguas.

El hallazgo fue interpretado como un milagro y el pozo comenzó a tener fama, tanta que sobre él se escribieron leyendas menos creíbles como la del camarista Solórzano, que aseguraba que de ese pozo enclavado en su casa saltaban basiliscos que más tarde se transformaban en perros, gatos y sapos. Cuentan que un caballero murió después de que le mirara fijamente uno de esos monstruos. Cuando fueron a darle sepultura brotaron del féretro más de veinte mil bichos de todas clases. Hoy, en esa calle, hay un “pozo” dulce, casi milagroso uno de los hornos obradores de bollos y golosinas más antiguos y prestigiosos de Madrid.

\* \* \*

Tenía Miguel de Monsalve varias casas en la calle de Toledo. Corría el mes de marzo de 1588 cuando María Ortuño, joven de reconocida belleza y estrecho talle, pretendía sacar agua del pozo de una de estas casas. Se partió la soga y el caldero chocó violentamente contra el agua de las profundidades. La joven intentaba alcanzar el recipiente que se le había caído con unos garabatos. Pero por más que se esforzaba en la tarea de rescatar el caldero, no atinaba a engancharlo. Tanto inclinó su cuerpo sobre el brocal que perdiendo el equilibrio cayó al vacío de cabeza.

Nadie había por el lugar, pero la moza, desde las profundidades, dio voces para que se apercibieran de su existencia. Acertó a pasar por allí el bueno de Bartolomé de Ayala, quien sin dar crédito a lo que sus oídos escuchaban, tiró una soga para rescatar a la chica, y consiguió subirla a la superficie por la cuerda que ella misma se había atado a la cintura. Aún sin salir de la sorpresa, Bartolomé preguntó por el prodigio, y la afortunada le contó el suceso:

—Al paso que mi cuerpo se precipitaba al vacío mi espíritu se iba levantando hacia el cielo. Y llamé desespera-

damente a la Virgen. La Señora oyó mis gritos de socorro y se me ha aparecido en las profundidades brindándome su mano salvadora.

#### TRAVESURAS INFANTILES REPARADAS POR EL CIELO

Aquellos rapaces de siglos pasados no debieron ser muy diferentes a los niños de ahora mismo. Unos y otros fueron coincidentes en la imprudencia y en los juegos arriesgados, que en algunos casos terminaron en fatales accidentes, y en otros la mano salvadora del milagro les libró de la muerte cierta.

Tenía fama la calle de Tintoreros, y de ahí le viene el nombre, de tener establecidos en su longitud a muchos maestros especialistas en el arte de teñir paños, lanas y cáñamos. Uno de esos establecimientos estaba sito en la casa de Pedro de la Vía. Una mañana del mes de marzo de 1582, una lumbre amplia tenía hirviendo el agua de una caldera donde iban a ser teñidas unas madejas de lana.

Era maestro tintero Juan Varelo, a quien ayudaba su esposa, María Padilla. Tenían ambos un hijo de corta edad, seis años, llamado Juan como el padre y reconocida reputación de travieso. No se sabe qué andaría urdiendo el chico por encima de una mesilla próxima a la caldera, el caso es que en un movimiento se precipitó al recipiente de agua hirviendo. El dueño de la casa, espantado, tuvo un primer instinto: invocar el nombre de la Virgen del Hospital General. Al momento acudió a socorrer al niño, pero antes de llegar a la humeante caldera cayó desmayado por el sobresalto.

Al estrépito de la caída acudió su esposa, doña Ana López, quien vio como el niño estaba en pie, dentro de la caldera, con el agua sobre el pecho, pero sin sufrir daño alguno, risueño. Se acercó la buena mujer y cogió al pequeño de la mano. En ese instante llegó el padre del pequeño, Juan Varelo, con el pánico reflejado en su rostro, pues le habían dado la mala noticia y esperaba encontrar a su hijo abrasado por el



agua. Mas quedó absorto al comprobar que el chico no había sufrido daño alguno, y dicen que aquí pudo obrarse un segundo milagro, pues estando don Juan delicado del corazón, éste no sufrió mal alguno con el sobresalto. El pequeño con pasmosa tranquilidad relató lo sucedido:

—Cuando caía la caldera apareció una señora muy galana que me tendió la mano. No he tenido pena alguna. No me vi morir porque esa señora estaba para ayudarme.

\* \* \*

Tal vez demasiados milagros semejantes con la Virgen como protagonista.

Era Mateo Serrano jardinero del duque del Infantado. Hombre sin tacha y bien considerado en su trabajo. Corría la mañana del 19 de octubre de 1586 cuando Mateo limpiaba de brozas el jardín. A su lado correteaba el hijo. Diez años tenía el chaval y rara vez se le veía quieto, a no ser que el sueño le hubiera atrapado en sus redes.

No debió hallar el chico suficiente riesgo en sus correrías y decidió asomarse a la noria. Dióse cuenta enseguida Mateo de que su hijo corría grave riesgo. Pero las voces de advertencia no impidieron que el travieso muchacho cayera dentro. Corrió el padre con el ánimo de socorrerle y pidió la ayuda a un mozo que bajó con una cuerda para atar lo que se suponía era ya el cadáver de un niño de diez años. Tiró el hombre de la cuerda con el ánimo de subir el cuerpo del hijo accidentado. Una vez en la superficie cogió entre sus brazos el cuerpo inerte del pequeño sobre el que lloró lágrimas amargas. Su hijo estaba muerto y él no hallaba consuelo. Elevó sus ojos encharcados hacia el cielo y llamó a María Santísima:

—¡Señora, Virgen santa! Aquí de vuestras piedades.

Pasados algunos minutos el mozo que le acompañaba le convenció de que lo más oportuno era disponerlo todo para dar sepultura al cuerpo de la criatura. Más era tanta la fe que Mateo tenía en la Virgen que le pareció imposible

que no atendiera sus súplicas. Perseveró en llamarla durante el tiempo de media hora sin haber tregua entre ruego y súplica. De repente se incorporó el pequeño y se abrazó a su padre diciendo con voz templada:

–Jesús, María Santísima de los Pobres.

Fueron a casa y al día siguiente le llevó hasta la imagen de la Virgen para darle gracias por el milagro que había obrado.

\* \* \*

Al otro lado de la Puerta de Alcalá, existía un campo fructífero, donde cada verano brotaba el trigo en todo su esplendor. Llegado el mes de agosto Bernabé Italiano trillaba en la era, mientras un hijo suyo de edad próxima a los cuatro años viajaba en el trillo atado por la cintura.

No se sabe si al padre se le soltaron los ramales con que gobernaba los cuartagos que tiraban del trillo, o es que el pequeño pudo desatarse, el caso es que éste quedó a merced de los espantados cuartagos que se desbocaron. Corrió el hombre tras ellos viendo que su hijo estaba siendo arrasado, pero los mulos apretaron en su loca carrera hasta hacer imposible el darles alcance. Con desesperación vio Bernabé como el hijo era arrastrado a gran velocidad por la calle de Alcalá, golpeándose el cuerpo con el empedrado y dándole por muerto.

Con la desesperación reflejada en el rostro invocó el nombre de la Virgen. Y, llegados los jamelgos en su veloz carrera hasta el encuentro con la calle del Caballero de Gracia, vio asombrado el hombre cómo aparecía una señora que se ponía delante de los caballos hasta conseguir detenerlos. Llegó al encuentro, con el pecho rompiéndosele por la carrera, el bueno de Bernabé y la propia señora le puso en su mano los ramales. El hijo le recibió con los brazos abiertos y sin el menor rasguño sobre su cuerpo. El padre le levantó en sus brazos. Cuando quiso reparar en su entorno la señora había desaparecido. Luego acudió presto Bernabé